

REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Aboitiz

TEL. 572

ADMINISTRADOR:—Virruete Agau

P. O. BOX 147

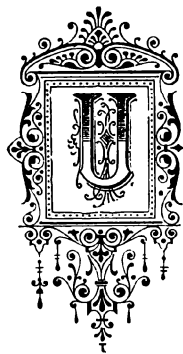
Vol. IV.

Manila, 8 de Noviembre de 1924.

Num. 97

El gran Milagro

—x—



UNA de las armas favoritas que con más frecuencia han empuñado los enemigos del Catolicismo en sus ataques contra los Dogmas de nuestro Credo, es sin duda alguna la mala fe, sobradamente demostrada en su deliberado empeño de desfigurar la verdad, tergiversar conceptos y alterar los hechos o circunstancias, cuando la realidad histórica se convertía en formidable adversario de sus endebles teorías.

Vencidos en el terreno de la discusión serena y razonable, y reconociéndose impotentes para proseguir la lucha con nobleza, echaron mano de subterfugios, burlas y sarcasmos, a falta de verdaderas pruebas con que poder cimentar el edificio de sus negaciones. De donde resulta que a fin de cuentas siempre se valen del error para acreditar nuevos errores.

Razón tuvo un ilustre sabio para hacer esta afirmación: "Si yo no estuviese convencido de la verdad de mi Religión y de mi fe por razones directas, lo estaría por la ig-

norancia y mala fe de sus enemigos, y por el odio encarnizado que le profesan."

El gran Misterio de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo sigue siendo blanco, como lo ha sido siempre, de los tiros de la incredulidad. No desconocen nuestros adversarios que admitida la realidad del hecho, hay que fallar en favor de la divinidad del Crucificado y de la Religión por El fundada, como escribió el mismo Strauss. Con objeto, pues, de desentenderse del gran milagro, les ocurrió cortar por lo sano; y sin parar mientes en lo pueril y ridículo del argumento, dejáronlo escapar de su pluma, afirmando que Jesucristo no resucitó, por la sencilla razón de que tampoco murió. ¡A tales desatinos y despropósitos, y a tal abismo de desequilibrio mental llega el hombre víctima del odio y de la mala fe!

Fué inútil que los pocos judíos y racionalistas, autores de tan descabellada afirmación, se empeñasen en revestir su teoría con alguna apariencia, no yá de verdad, pero ni aún de la más somera probabilidad. Escritores de su misma ralea se encargaron de hacerles ver el absurdo en que incurrían, y

el gran pecado cometido contra la historia y el sentido común.

El mismo Renán, enemigo de Jesús, confesó que la realidad de la muerte de Jesucristo ni cabe ponerla en duda, ni necesita de muchas pruebas; puesto que su más fuerte y sólido argumento es el odio que los judíos profesaban a Jesús, quienes se valieron de todos los medios para que fuese condenado a muerte, y a muerte de Cruz; y tuvieron buen cuidado de asistir a la agonía del divino Reo, y cerciorarse de su muerte, que fué notificada oficialmente a Pilato por el centurión; y finalmente sellaron la piedra del sepulcro donde fué sepultado Jesús, y pusieron un cuerpo de guardia para que lo custodiase.

Que Jesucristo murió realmente, y que como Señor de la muerte murió porque quiso, es una verdad de fe; y es también un hecho histórico su crucifixión y su muerte. Esa muerte consistió en lo que consiste la de todos nosotros, en la separación del alma y el cuerpo. Pero ni el cuerpo ni el alma, aunque separados uno de otro, dejaron por un solo momento de estar unidos a la naturaleza divina de Jesucristo.

Después de confesar en el Credo que nuestro Señor Jesucristo fué crucificado, muerto y sepultado, añadimos esta otra profesión de fé: *Descendió a los infiernos; al tercero día resucitó de entre los muertos.*

Jesús murió el viernes, hacia las tres de la tarde, y resucitó en la mañana del Domingo siguiente a su muerte. Durante ese tiempo, su Cuerpo adorable, unido siempre a la Divinidad, estuvo en el sepulcro nuevo donde lo depositaron José de Arimatea y Nicodemus. Su alma benditísima, separada del Cuerpo, pero unida también a la Divinidad, descendió a los infiernos, es decir, al Limbo de los justos, llamado también Seno de Abrahán.

Con el nombre de *Infierno* se designan los cuatro lugares o estados de las almas que no van al cielo. Son los siguientes:

Infierno, propiamente dicho, que es el lugar de los condenados, al cual van las almas de los que mueren separados de Dios por el pecado mortal, para sufrir y padecer tormentos que durarán eternamente.

Purgatorio, que es el lugar de las almas de los que mueren en gracia de Dios, pero sin haber satisfecho enteramente la pena temporal debida ya por los pecados veniales, ya también por las culpas graves perdonadas en cuanto a la pena eterna, pero no expiadas totalmente en cuanto a la pena temporal.

Limbo de los niños, o sea, el lugar a don-

de son destinadas las almas de los niños que mueren sin haber recibido el Sacramento del Bautismo; es decir, de los que mueren con solo el pecado original.

Limbo de los justos, o Seno de Abrahán; lugar donde estaban las almas de todos los justos y santos que vivieron antes de Jesucristo, y murieron en gracia y amistad de Dios. Allí esperaban el santo advenimiento del Redentor, pues las puertas del cielo cerradas por el pecado de Adán, no se abrieron para los hombres hasta que con su Pasión y Muerte las abrió nuestro Señor Jesucristo.

A este Limbo de los justos o Seno de Abrahán, donde le esperaban las almas de tantos Santos, descendió Jesucristo con su alma unida a la Divinidad; y es común sentir de los teólogos que en ese lugar permaneció el alma santísima de Jesús, todo el tiempo que el cuerpo permaneció en el sepulcro.

Con la presencia de Jesucristo quedó convertida aquella cárcel en verdadero cielo, pues en aquel mismo momento gozaron todas aquellas almas de la visión intuitiva de Dios; visión beatífica que formará por toda la eternidad la gloria y bienaventuranza esencial de los santos en el cielo.

En la mañana del Domingo, antes de la salida del sol, el alma santísima de Jesús se unió al cuerpo que yacía en el sepulcro, rígido y frío con la rigidez y frialdad de la muerte. Con la presencia del alma comienza de nuevo la Sangre preciosa a circular por las venas, y los miembros se animan y cobran todo su vigor, su vida y su actividad.

Toda la creación parece presentir el gran milagro. Estremécese la tierra vibrante de alegría y emoción; un ángel desciende en rauda vuelo hasta el sepulcro, circuido de resplandores celestiales; los soldados que custodiaban el cadáver caen atemorizados por la augusta presencia del enviado celestial; salta la pesada losa con que los judíos habían cerrado y sellado el monumento; y súbitamente, glorioso y resplandeciente más que el sol, surge del sepulcro Jesucristo en cuerpo y alma, radiante de Divinidad, lleno de majestad y realeza, en la plenitud de una vida gloriosa, inmortal y divina.

El gran milagro de la Resurrección estaba realizado; milagro en el orden físico, milagro en el orden intelectual, por ser cumplimiento de la profecía de Jesucristo, que tantas veces había asegurado a sus apóstoles que resucitaría al tercer día de su muerte; y milagro también, podemos añadir, en el orden moral, habiendo en cuenta el cambio realizado en los apóstoles y discípulos, y en

los primeros creyentes, con motivo de la Resurrección de Jesús.

Cuando las santas mujeres acuden en la madrugada del Domingo al sepulcro para ungir con unguentos y aromas el cadaver de Jesús, conforme a la costumbre de los judios, merecen oír del angel esta nueva consoladora como primer anuncio y testimonio que el cielo da a los hombres de la Resurrección: No temáis, les dice el ángel; sé que buscáis a Jesús que fué crucificado; no está ya en el sepulcro: HA RESUCITADO, como El mismo lo había predicho tantas veces. Acercaos, y ved el lugar donde colocaron al Señor. Y ahora marchad y anunciad a los discípulos la Resurrección.

Entretanto, los soldados del sepulcro habían contado en Jerusalem todas las cosas de que habían sido testigos en el solemne momento de la Resurrección. Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, enemigos encarnizados de Jesús, sobornaron a los centinelas, entregándoles una gran suma de dinero para que declarasen haberse quedado dormidos, y que mientras dormían, los discípulos se llevaron el cuerpo del sepulcro. ¡Buen testimonio para negar el hecho, el de unos hombres que comienzan por declarar que estaban dormidos, como irónicamente arguye San Agustín! Si dormían los solda-

dados, ¿cómo pudieron ver a los apóstoles? Si no dormían, ¿cómo les permitieron acercarse, siendo así que los centinelas estaban armados?

Pero de nada sirvió el engaño. Los soldados habían ya declarado lo que habían visto: Jesucristo resucitado se aparece *muchas veces*, a *muchas personas* y en *muchos lugares*, pudiéndose contar once apariciones por lo menos: los Apóstoles predicán en medio de Jerusalem el milagro de la Resurrección de su Maestro, y nadie osa desmentir su predicación: miles de judios se convierten: crece cada vez más el número de los creyentes; y el gran Milagro de la Resurrección forma desde entonces el sello y fundamento de la Divinidad de Jesucristo y de la divina Religión que fundó.

Gloriémonos y alegrémonos en el triunfo de la Resurrección de Jesús; y no olvidemos que si durante la vida lo imitamos, abrazándonos a la cruz de la penitencia y mortificación, y cumpliendo su ley divina, llegará también para nosotros el día de nuestro triunfo, el día de la resurrección de nuestros cuerpos; pues si acompañamos a Jesús en sus dolores, lo acompañaremos un día en su triunfo y en su gloria.

JUSTINO.



Felicísimo R. Feria Gabriel La O

FERIA & LA O
ABOGADOS

China Bank Bldg., Juan Luna, Manila.
Tel. 1792.

CAVANNA, ABOITIZ & AGAN
ABOGADOS

Roxas Bldg. N.o 212 Tel. 572

MAXIMO VICENTE

Falleres de Pintura, Escultura, Platería y Mar-
mo'eria. Prontitud y Esmero en los Encargo:

Imágenes, andas, altares, púlpitos, ornamentos de
Iglesia, Mausoleos, Monumentos, Bordados en oro,
Lápidas, etc.

83C-34 R. Hidalgo, Manila Tel. 3528

Suscríbese

A **ESTUDIO**